

Dos salubristas y universitarios esenciales:

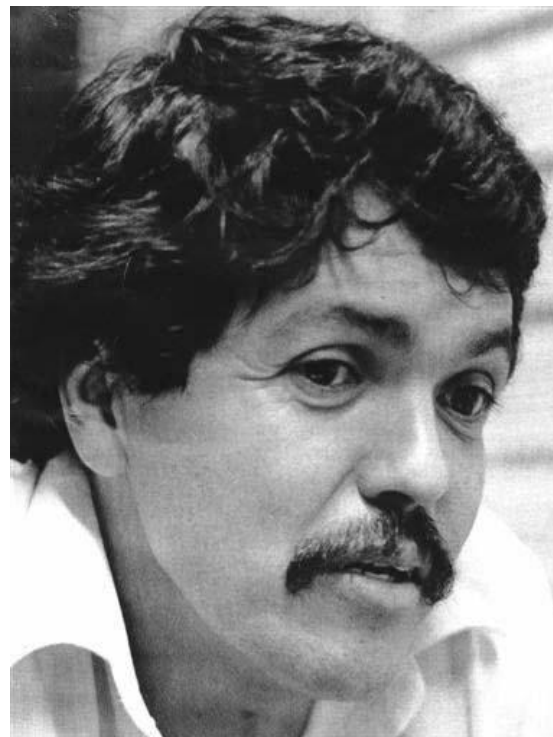
Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur

Saúl Franco Agudelo



Unidos pero muy distintos

Los unió su manera de entender y ejercer la medicina. Los unió la salud pública, tarea alrededor de la cual articularon buena parte de sus sueños, proyectos y realizaciones. Los unió la Universidad, espacio vital y permanente de ambos, de donde fueron profesores, jefes del Departamento de Medicina Preventiva, líderes estudiantiles y



profesorales. Y los unió para siempre y para todos, el disparo final que los asesinó a mansalva, en el mismo minuto y en pleno ejercicio del otro vínculo esencial: la defensa de los derechos humanos. Muy unidos, pero muy distintos.

Los separó, al nacer, un cuarto de siglo. El Doctor Abad nace en la primera posguerra, en 1921, en el suroeste antioqueño, en Jericó, hijo de un notario liberal y nieto de

agricultores. Leonardo nace el 13 de febrero de 1946, también en el suroeste de Antioquia, en Titiribí, en la segunda posguerra, hijo de albañil. Abad desarrolló más el perfil de un intelectual, de un pensador-evocador, de un investigador-creador. Leonardo fue esencialmente un militante, un estratega, un organizador, un activista. Abad hablaba y escribía, Leonardo hablaba, pero nunca escribió nada. Mientras Leonardo fue siempre en una misma dirección, Abad entraba y salía, iba de derecha a izquierda buscando el punto medio, su mesoísmo. Abad se abrió y se conectó desde temprano al ámbito internacional con su posgrado y sus posteriores consultorías en Asia y América. Leonardo permaneció en su tierra, abierto y sintonizado desde ella al internacionalismo y a las inquietudes y a los aportes externos. Abad fundó en agosto de 1945 su periódico U-235 con ideas liberales que conmovieron a la Facultad y a la región. Leonardo retomó otro cuarto de siglo después, al calor de la ola libertaria originada en Francia, el mismo periódico, pero con nuevo apellido: U-235 Época de Liberación. Abad alcanzó a merecer con creces y a cultivar con empeño la imagen de un Maestro, Leonardo fue para siempre Compañero. Abad poeta, Leonardo bohemio. Imposible separarlos, pero mal haríamos en pretender homologarlos, porque fueron uno para muchas cosas y distintos para tantas otras.

Dos salubristas esenciales

En Héctor Abad y Leonardo Betancur, la Salud Pública no fue sólo una profesión o un empleo. Ni menos aún un negocio. Fue una manera de vivir. Expresaba la sintonía entre su ser individual y su entorno. Entre sus paquetes biológicos y su mundo social. Entre su vocación y su deseo. No la aprendieron de afuera hacia adentro. La vivieron en un movimiento permanente de dentro hacia afuera y de afuera hacia adentro. La enseñaban con palabras y con hechos, en salones y en la calle, administrando y dirigiendo, investigando y actuando. Era una de sus vidas, porque vivieron intensamente muchas otras vidas. Era una de sus pasiones, porque fueron apasionados de todo lo que querían y hacían. Era su clima y su medio. Su forma casi natural de aproximarse a la realidad. Por todo esto y por mucho más no dudo en calificarlos como salubristas esenciales.

¿Qué era para ellos la Salud Pública? Corriendo todos los riesgos de la simplificación, me arriesgo a enunciar las que considero fueron sus cuatro dimensiones fundamentales de la Salud Pública:

- La salud pública: un campo de lucha por la vida

En resumen, ambos fueron luchadores por la vida, y la salud pública fue una de sus armas favoritas. El horizonte máximo de la salud es

la vida y la defensa de la vida, de sus posibilidades, de su calidad, y la convivencia es la principal tarea de la sociedad en su conjunto, y de cada individuo en particular.

No defendieron la vida sólo en el discurso. Hacían salud pública defendiendo la vida sana, con agua y leche limpias. Por eso las denuncias germinales del Abad joven en U-235 y por eso sus debates en las corporaciones públicas de Antioquia. Quería como salubrista una vida sin parásitos ni microorganismos nocivos. Por eso luchó en la campaña de desparasitación en el municipio de Santo Domingo, Antioquia, en el enfrentamiento de la fiebre amarilla en el Putumayo y en la riesgosa y precoz vacunación masiva contra la poliomielitis en el municipio de Andes, también en Antioquia.

Y por eso el trabajo de Leonardo en campamentos universitarios, movimiento al que estuvo vinculado durante toda su etapa de estudiante de medicina, y con el cual construía escuelas y caminos rurales. Por eso también trabajó Leonardo durante años con los sectores marginales del sector denominado — sin eufemismo alguno— del Basurero, ayudando a organizarse y a evitar contagios casi inevitables en ese medio.

No sólo salud pública para sanear ambientes físicos y prevenir enfermedades. Querían la vida con educación, vivienda, empleo y alimentación adecuados para todos. Por eso se fue Abad, ante el desconcierto y la censura de

muchos, a trabajar en el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria a promover la modalidad organizativa de la acción comunal y a apoyar el programa Futuro para la Niñez. Avanzó con su salud pública hacia la defensa de la vida social, de la vida en colectivo, organizada y participativa. Por eso presidió, organizó y apoyó asociaciones profesionales y gremiales. Y culminó su salud pública defendiendo la convivencia ciudadana y la tolerancia bajo las banderas de los derechos humanos. Por eso se vinculó al Comité por la Defensa de los Derechos Humanos. Por eso alzó su voz por los que no la tenían para denunciar y acusar.

Por las mismas razones Leonardo militó sin pausa en organizaciones campesinas, obreras y gremiales, defendiendo mínimos de dignidad y construyendo ciudadanía. Aún en el momento difícil de su detención en la cárcel de Bellavista, entre el 6 de mayo y el 6 de noviembre de 1979, en el oscuro momento de la cacería de brujas del gobierno de Julio César Turbay Ayala, dedicó su tiempo de prisión a curar y a alfabetizar compañeros de prisión. Allí, justo en el escenario de negación de los derechos humanos, reforzó su decisión de luchar por ellos, y desde entonces se vinculó sin descanso a esa causa, muy cerca de Abad. De la lucha por la sobrevivencia avanzaba a la lucha por la convivencia. Del trabajo en el campo de la vida individual al trabajo en la colectividad. De la vacunación a la organización. Del discurso a la práctica.

Del análisis a la denuncia. De la denuncia a la lucha, y de ésta a la muerte. Fue su salud pública, la de la vida.

Hoy, cuando se reconoce en el nivel continental una crisis general de la salud pública, se acepta que su reconocimiento pasa por retomar este norte y objetivo supremo de la defensa de la vida humana y por convertirla en su idea fuerza y su razón última. Y en esto, como en muchas otras cosas, Abad y Leonardo no sólo fueron visionarios, sino también testimonios vivos. Tan vivos antes como después de la muerte.

• *La salud pública como saber y como práctica*

Para ambos, la salud pública era un saber. Un saber de la vida, de la sociedad, del poder, de la organización y las instituciones, del acontecer colectivo, de la enfermedad y de la muerte; por tanto, no sólo médico, cuantitativo o bionatural. Era un saber múltiple, teórico y práctico, transdisciplinario y multiprofesional. Requería de la matemática y de la estadística —de la que Abad fue profesor en sus primeros años de docencia— pero las sobrepasa. Necesitaba de la sociología y de la antropología —que también enseñó— pero no se limitaba a ellas. Se basaba en la epidemiología —Abad fue uno de los primeros epidemiólogos, especie rara por ese entonces entre nosotros—, pero entendía que, a partir de ella, el trabajo apenas empezaba. Suponía la economía política



(campo en el que Leonardo incursionó desde temprano) y la historia, otra de las pasiones del Dr. Abad. Se enriquecía en el arte, se expresaba en la música, se hacía mensaje en la poesía. Por eso, los íntimos de Abad, más que médicos, lo fueron —entre otros— Castro Saavedra, Arenas Betancur y Mejía Vallejo, su paisano. Y por eso la compañía de un poema en el bolsillo de su saco al momento del asesinato: “Ya somos el olvido que seremos...”

Un saber así requería de bases sólidas. Las adquirieron en la Facultad donde se graduaron de médicos: Abad el 19 de abril (sólo azar?) de 1948 y Leonardo en 1971. En el posgrado en Salud Pública: Abad en Minneapolis, Leonardo en la Facultad creada por Abad en la propia Universidad de Antioquia. Estas bases las desarrollaron a lo largo de todas sus vidas. Fueron siempre estudiantes, aprendices con ganas insaciables de saber siempre más.

Un saber así era también difícilmente aceptable y asimilable por el saber médico convencional, de rígidas fronteras y poder excluyente. Por eso subvaloraron y

persiguieron a Abad los que él llamaba las “vacas sagradas” de la medicina paisa. Y por eso tuvo fuerza para avanzar hacia lo que consideraba un nuevo saber, hijo de la salud pública y nieto de la medicina, según su propio símil. Ese nuevo saber sería la poliatría, la ciencia del bienestar humano. Si bien le dedicó trabajo y una publicación, la poliatría necesitaba más de lo que pudo darle y desafortunadamente no alcanzó a echar raíces.



Sin duda, por su perfil y por su historia, al saber de la salud pública le aportó más Abad que Leonardo. Pero para ambos, más que un saber, la salud pública era un hacer. Un hacer social. Un hacer en colectivo. Una línea sostenida de acciones, organizaciones, servicios, decisiones y ensayos. Por eso las campañas anotadas, por eso alternaron cargos en la Jefatura del Departamento de Medicina Preventiva de su Facultad desde 1956 hasta su muerte, y por eso el empeño de Abad en la idea y realidad de las Promotoras Rurales de Salud. Al respecto, vale la pena un comentario. La promoción de la salud es una

antigua idea de la salud pública que hoy renace, está de moda y la presentan algunos como la panacea del futuro. También en esto, pero sin lo de panacea, Abad se anticipó y no se quedó en la idea sino que, a raíz de lo que observó en México, la concretó, le dio un instrumento eficaz: las promotoras rurales de salud. Las empezó a formar en 1956 en Santo Domingo, Antioquia. Para 1968, siendo Ministro de Salud otro quijote de la salud pública de este país: Antonio Ordóñez Plaja, se les da reconocimiento académico y administrativo y se intenta extenderlas a todo el territorio nacional. Y a los veinticinco años de iniciado el trabajo, llegan a la cantidad no despreciable de 5000, “mis cinco mil novias” como las llamó el propio Abad en el enamorado artículo periodístico del 23 de agosto de 1981.

No sólo promotoras rurales. También salubristas. En 1964 Abad fundó las Escuela Nacional de Salud Pública, proyecto conjunto entre el Ministerio de Salud y la Universidad de Antioquia. Fue su primer director, su orientador original. En el camino, la relación del Maestro y su Escuela fue turbulenta. Él se reconocía también, desde Asia lo explicitó en más de una carta, como creador de antiescuela. No se asustaba con las discusiones cuando sus discípulos, Leonardo y yo entre ellos, lo enfrentábamos, o cuando los ritmos y directrices de su Escuela eran distintos de los suyos. Terminó por sentir más próximo su Departamento de Medicina

Preventiva de la Universidad de Antioquia, al que volvía siempre. No así a la Escuela. Hoy, como Facultad, la Escuela lleva su nombre. Y, ojalá, más que el nombre, lleve adelante lo mejor de su mensaje.

Y tampoco formaron sólo salubristas. Propiciaron también la formación de líderes sindicales. En 1981 Leonardo fue co-fundador de la Escuela Nacional Sindical en donde todavía se siguen formando obreros y conciencia obrera. Fue su primer director entre 1981 y 1983 y estuvo en su Consejo Directivo hasta 1985.

Sigue necesitando con urgencia la salud pública reajustes en su marco conceptual, en su cientificidad y en sus prácticas. Debe estar más cerca de los escenarios de la vida cotidiana de la sociedad y menos pegada exclusiva y nostálgicamente al medio hospitalario. Debe restablecer su rigor matemático, pero no puede seguir mirando con desprecio los esenciales aportes de las ciencias humanas y sociales. No puede olvidarse de la enfermedad, pero tiene que adentrarse mucho más en los arcanos de la vida, en los aspectos positivos de la salud y en los misterios de la muerte. Más ciencia, nuevas prácticas, más espacios. Y mucha, muchísima más vida.

- *La salud pública como cultura de la salud y de la vida*

Nieto de agricultores de Jericó el uno, y de albañil y familia campesina, el otro, asimilaron que el campo de la salud era también un campo de siembras y cultivos, de abonos y cosechas. De muchas siembras y lentas cosechas.

Fueron, en síntesis, sembradores. De ideas y dudas, de sueños y experiencias, de amores — lo saben muy bien Doña Cecilia, el amor y compañera inseparable de Abad desde el 16 de septiembre de 1950 hasta siempre, y Cecilia, la compañera de Leonardo desde



1971, la madre de sus tres hijos, uno de los cuales ya no nos acompaña por esos absurdos que padecemos sin entender jamás—. Como sembrador de dudas y de ideas, reconocemos a Abad como Maestro, uno de los oficios que más amó y que mejor supo desempeñar. Como sembrador de hijos y de nietos, lo reconocemos como padre y abuelo quienes tuvieron la dicha y el orgullo inagotable de serlo. Como sembrador de proyectos y de acciones, lo reconocemos como gerente, dirigente, vicedecano o jefe de todas las

empresas e instituciones que le dieron la oportunidad de serlo.

Eran sembradores. Lo sabía Abad desde cuando participó en el Colegio de Sevilla, en el Valle del Cauca, en la redacción de Simiente, su primer periódico estudiantil. Cuando en la época del cuarenta sacudió a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia con su explosivo U-235. O cuando al empezar los ochenta ayudó a refrescar la misma Facultad con Viento Nuevo, la última revista estudiantil en la que comprometió su nombre. Y lo sabía Leonardo desde sus estudios primarios en Titiribí, secundarios en Envigado, y universitarios, con liderazgo reconocido, en el momento de mayor auge y complejidad del movimiento estudiantil.

Sabían que para sembrar hay que remover la superficie, abonar y hundir fuerte el azadón en la entraña de la tierra. Sólo así la semilla penetra y se protege. Por eso Abad sintió el grito de la reacción de los sectores más conservadores de su Antioquia y soportó los embates muy poco católicos de “La hora católica”.

Entendían que la cultura es un territorio de cultivo de la diversidad, de explicaciones y representaciones diversas sobre las realidades con las que se convive o se sueña, de comportamientos, valores y expectativas diferentes. Lo llevaron al campo de la salud y defendieron la necesidad de entender el

entorno del enfermo y de las enfermedades; de cuidar la salud como una planta y la vida como la mayor riqueza. Sin proponérselo fueron agricultores de lo que hoy llamamos “nueva cultura de la vida y la salud”. En 1972 Leonardo se va al Guaviare y en San José se aproxima a otra cultura: la de los indígenas. Y establece una corriente de doble flujo desde su saber y su práctica hacia y desde las de ellos. Este contacto lo marca y le refuerza una de sus notas dominantes: la tolerancia y la concertación. Ambos tenían madera tolerante en un medio que ni lo era ni lo es.

Uno siempre siembra, dijo Abad. El sembrador siempre nace, le dije yo cuando en agosto de 1982 se jubiló como profesor de nuestra Facultad de Medicina y, como hoy lo repetimos todos, al verlos nacer y renacer cada día en tantas partes.

Buen sembrador. Pero mal cultivador y pésimo cosechador Abad. De tanto sembrar, o no le alcanzó la vida o le preocupó menos cosechar. Por eso algunos de sus proyectos quedaron huérfanos o inconclusos. Por eso algunas ideas: poliatría y mesoísmo, por ejemplo, no tuvieron los desarrollos que les hubieran permitido mayor densidad y utilidad. Por eso algunas experiencias no germinaron como él lo soñó. Leonardo, en cambio, sembró menos pero cultivó mucho más sus frentes, su tierra, sus tareas. La vida, desafortunadamente, le negó el tiempo de casi todas sus cosechas.

La crisis actual de la salud pública pasa también por la pérdida de su potencia seminal. La histórica primacía del academicismo y el burocratismo la han alejado de su tarea de fermento, de su campo de siembras y cosechas. Hoy siembra poco. Casi no cava. Repite mucho y casi no interroga. Acepta rápido y se inclina y se deslumbra fácil. Se cree muy científica, eficiente y gerencial. No siempre sabe valorar y asumir su papel transformador, interrogador, confrontador. Su futuro también tendrá que ver con su capacidad para recargarse de ideas y preguntas, de dudas y proyectos, de energía vital. La salud pública del futuro será también una nueva agricultura de la vida y de la salud. Tendrá nuevos campos y semillas, agricultores y abonos mejor balanceados y, ojalá, mejores cosechas.

- La salud pública como acción política Abad Gómez se autodefinió también como un activista político-social. Y Leonardo fue exactamente eso para todos. Al igual que Virchow un siglo antes, entendieron que la política era medicina a gran escala. Así la ejercieron, no como politiquería además, sino como la interpretación y canalización de la voluntad colectiva hacia la solución de las necesidades sociales. De hecho, en política partidista no les fue bien. La de derecha consideraba a Abad demasiado de izquierda y la de izquierda desconfiaba de sus afinidades con la derecha. Esto, en un país en el que la

afiliación partidista cuenta tanto en la distribución del poder burocrático puede explicar en parte por qué un hombre de su talla y de sus capacidades nunca fue decano, ni rector, ni alcalde, ni ministro. En realidad sólo tuvo cargos de mediano calibre. Leonardo, por su parte, no tuvo ningún cargo por fuera de la Universidad, con excepción de su paso por el Concejo de Medellín en 1980. En cambio, en los campos en los que el poder lo confieren el liderazgo, las ideas, la lealtad y las convicciones estaba siempre en la primera fila.

Apenas Abad recibía su título de médico, ya estaba entrando en el campo de las decisiones políticas de la salud pública regional. Muy poco después está ya en el nivel nacional enfrentando epidemias, impulsando vacunaciones o redactando proyectos de ley, como el del año del servicio social obligatorio aprobado en 1948. Un poco más adelante lo encontramos ya en foros con organismos internacionales y mundiales comunicando experiencias locales, discutiendo proyectos innovadores y, como siempre, aprendiendo y polemizando. Sin perder el polo a tierra, trabajaba al mismo tiempo en una de las modalidades participativas de entonces, la acción comunal, visitaba los distritos de riego de la reforma agraria, iba a donde otros no iban, tenía tiempo para oír a los que nadie oye.

Leonardo, desde antes de recibir su título de médico, ya era un militante de la justicia y de la dignidad. Va al Guaviare, vuelve a los sindicatos, a las organizaciones barriales, a la lucha política dentro del movimiento profesoral y estudiantil, a la participación en Firmes, cuando ese movimiento significaba una aventura democrática.

Militaron ambos sin descanso — ¡y a qué precio! — en un partido: el de los derechos humanos. Desde allí pudieron enterarse de muchas verdades no oficiales, de muchas violaciones a todos los derechos. Fue una militancia que los llevó de vereda en vereda, de riesgo en riesgo, de dolor en dolor. Incapaces de otorgar en silencio, hablaron, batallaron, denunciaron. “Yo acuso” fue uno de los más vibrantes y valientes artículos periodísticos del Dr. Abad, publicado en el periódico El Mundo, de Medellín el 4 de agosto de 1979. Es posible que por acusar los hayan acusado y que por hablar así hayan decidido silenciarlos.

No sólo denunciaron, padecieron la violencia, todas las violencias. Cinco de los compañeros más próximos del Dr. Abad fueron asesinados en Sevilla en su primera juventud. Le golpeó cerca la violencia política desatada en 1948 y salió del país en 1950. Lo vimos enfrentar la violencia policial contra marchas pacíficas en defensa del Hospital o de otras causas universitarias. Leonardo creció en los primeros años de la etapa que conocemos

como de la Violencia en Colombia. Enfrentó la violencia de la fuerza pública contra las manifestaciones de protesta y la insatisfacción estudiantil, padeció los allanamientos frecuentes a su casa y a su privacidad, y fue víctima del encarcelamiento, ya señalado, en 1979. La muerte violenta de ambos fue la culminación contra ellos del imperio de la fuerza y la intolerancia.

Y estudiaron la violencia. El único escrito que conservo de Leonardo es la transcripción de una conferencia suya sobre la violencia en Colombia, dictada en la sede de la Asociación Médica de Antioquia en 1986, en la cual diferencia las violencias económica, política y social. Abad consideró la violencia como una expresión de desigualdades, un síntoma de profundas enfermedades sociales y una realidad culturalmente creada, en ocasiones necesaria al organismo social. Fue el pionero solitario de los estudios de epidemiología de la violencia al empezar la década de los sesenta. La estudió e invitó a estudiarla. Le hicimos caso demasiado tarde.

La presunta neutralidad política de la salud pública en nombre de la objetividad y la racionalidad científico-técnica ha contribuido, sin duda, a su distanciamiento de muchas realidades y causas que le son esenciales. Y en lugar de neutral, ha devenido cómplice, ajena, insípida. No es que deba politizarse coyuntural y subjetivamente. Es que la salud pública es, por esencia, política. La

Declaración de Quit de septiembre de 1993 señala como tarea fundamental para revitalizar y reencauzar la salud pública en América Latina la recuperación de su entidad y de su compromiso político. Esta tarea no es exclusiva de los salubristas de escuela., ni sólo de los reconocidos y remunerados como tales. Lo es de todos los que en el arte o en la política, en la ciencia o en la técnica, en la calle o en las instituciones, luchan por la vida, trabajan como agricultores de la convivencia y el bienestar colectivo, construyen saberes y prácticas para mejorar la salud y prevenir enfermedades y se arriesgan a hacer de la política, no una maquinaria para multiplicar sus intereses, sino un instrumento para demandar y ejercer el poder en la búsqueda de solución a las necesidades sociales, que fue lo vivido y enseñado por Héctor Abad Gómez y por Leonardo Betancur con su vida. Y con su muerte.

** Saúl Franco Agudelo. Médico-Cirujano de la Universidad de Antioquia, es Magíster en Medicina Social de la Universidad Autónoma Metropolitana de México y Doctor en Salud Pública de la Fundación Oswaldo Cruz de Río de Janeiro (Brasil). Actualmente es Coordinador del Doctorado Interfacultades en Salud Pública de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Ha publicado numerosos libros y artículos en ediciones nacionales e internacionales. La primera versión de este texto fue publicada en la Revista SALUD-ES, Edición especial, agosto 25 de 1995.*